

Postdictadura y desarrollismo: la recolonización de la Amazonía y las protestas en Brasil

Idelber Avelar
Tulane University
iavelar@tulane.edu

Para Helena Palmquist

Something is happening here
And you don't know what it is
"Ballad of a thin man", Bob Dylan.

RESUMEN: El presente artículo ofrece una reflexión sobre los cambios y continuidades de la experiencia dictatorial en Brasil a la luz de las recientes protestas de 2013. Se propone un análisis que relaciona los modelos de desarrollo, la expansión colonizadora de la Amazonía y el pacto político-social forjado en la postdictadura brasileña, con especial énfasis en los gobiernos de Luiz Inácio Lula da Silva y Dilma Rousseff. Bajo ese prisma, las protestas aparecen como uno de los signos más visibles del agotamiento del pacto lulista.

PALABRAS CLAVE: desarrollismo lulista, recolonización, protesta, pacto postdictatorial.

POSTDICTATORSHIP AND DEVELOPMENTALISM: THE RECOLONISATION OF
AMAZONIA AND PROTESTS IN BRAZIL

ABSTRACT: The present paper reflects on the changes and continuities of the dictatorial experience in Brazil taking into account recent protests in 2013. It proposes an analysis that relates models of development, the colonising expansion towards Amazonia and the socio-political pact forged in the midst of the Brazilian post-dictatorship, with a special emphasis on the governments of Luiz Inácio Lula da Silva and Dilma Rousseff. Under that light, protests appear as one of the most visible signs of the deterioration of the “Lulist” pact.

KEYWORDS: Lulist developmentalism, recolonisation, protest, post-dictatorship pact.

INTRODUCCIÓN

Es materia discutible si el epígrafe de Bob Dylan ofrece un buen comentario sobre nuestros días. Aunque muchos han dicho que no pasa nada muy diferente aquí y, otros tantos, que pasa algo nuevo pero que sí sabemos de qué se trata, la noción de que sucede algo que ignoramos ha sido una suerte de clave de los últimos años, una idea tanto de agentes sociales como de analistas de las más variadas disciplinas, muy a menudo reiterada respecto de los eventos más recientes en Brasil. Al recibir la invitación de la Universidad de Chile para el coloquio conmemorativo de los cuarenta años del golpe militar contra el presidente Salvador Allende, sentí que era improbable que les pudiera decir a mis anfitriones algo sobre Chile que no se hubiera dicho antes o que ellos ya no supieran mejor que yo. Me pareció entonces que la mejor manera, o la menos torpe, de contribuir a la reflexión colectiva sobre esta efeméride sería presentar un relato y un análisis de los sorprendivos procesos sociales de los últimos meses en Brasil. Como se sabe, a partir de la segunda semana de junio de 2013 nos sorprendimos todos, algunos más, otros menos, con las enormes protestas en las calles brasileñas. Entre sus rasgos principales destacan su carácter multitudinario y disperso, la ausencia de control o incluso de adhesión de los sindicatos y de los partidos políticos más grandes, la brutal represión policial, las consignas múltiples y en algunos casos contradictorias entre sí y la ocasional violencia de los manifestantes contra el patrimonio material.

Más que las turcas, griegas, españolas, egipcias o chilenas, las recientes protestas brasileñas han producido estupefacción, puesto que a los ojos de casi todo el exterior y de parte significativa de su propio pueblo, Brasil disfrutaba de un pacto político estable. Producto de una historia reciente de crecimiento económico acompañado de un ascenso social relativo de algunos sectores entre los más pobres, dicha estabilidad fue destrozada en menos de dos semanas por la sublevación popular. Por debajo del espectáculo del crecimiento con inclusión social, se gestaba una revuelta invisible para los que se ocupaban de la celebración de los resultados del lulismo.

La estabilidad que quebraron las protestas de junio de 2013 era esencialmente conservadora, ya que el ascenso social de una parcela de los más pobres durante el lulismo jamás amenazó de manera sustancial los privilegios de los más ricos. El *boom* de las *commodities* durante los años 2000 hizo posible lo que se consagraría como la fórmula lulista por excelencia: agrandar la torta para que los pobres y los miserables accedieran a lo que nunca habían accedido, mientras las élites siguieran ganando como siempre (y, en algunos casos, como el del sistema bancario, más que nunca). Va de suyo que la fórmula lulista de aportar algo a los pobres sin quitarles nada a los ricos era económica y ambientalmente insostenible por mucho tiempo, y esta es la factura que el actual gobierno brasileño está pagando. Fundado en 1980, con orígenes en la izquierda sindical independiente no estalinista y no socialdemócrata (e incluyendo también grupos católicos, trotskistas y de intelectuales de izquierda), el PT de Lula y Dilma completa ahora dos décadas de giro constante y paulatino hacia la ortodoxia macroeconómica, el nacional-desarrollismo y los acuerdos con amplios sectores de la derecha¹. Durante los años de Dilma, este giro ha pasado a incluir también una alianza más orgánica con fuerzas teocráticas, el peso más ostensible de los terratenientes en las decisiones gubernamentales —emblematizado por la entrada de su gran líder, Kátia Abreu, ex opositora del lulismo, a la base gobernista de Dilma—, el recrudecimiento de la represión policial y la vuelta de las privatizaciones de la era de Fernando Henrique Cardoso, que habían sido interrumpidas (pero jamás revocadas) durante los años de Lula.

¹ También desde un punto de vista más cercano que el mío al partido, la trayectoria del PT ha sido estudiada por Lincoln Secco.

Estos retrocesos se han producido en un contexto de intensificación de las políticas colonizadoras en la Amazonía. Aunque la Amazonía no ha figurado de forma muy destacada en las consignas de las protestas en el centrosur del país, el notable resurgimiento del movimiento indígena en los últimos dos años ha sido uno de sus grandes eventos precursores. Pese a que las luchas por el transporte y la movilidad urbana parecen distantes de las luchas de autodefensa de los pueblos amazónicos, la represión a ambas trae diversas marcas de la herencia dictatorial brasileña, incluyéndose aquí la resurrección del plan de colonización geopolítica diseñado para los militares brasileños por Golbery do Couto e Silva, basado fundamentalmente en la concepción de la Amazonía como lugar vacío que debía integrarse al capitalismo en tanto proveedor de materias primas. A pesar de que la Amazonía es una realidad lejana para la mayoría de los brasileños, la acumulación de capital que permitió los éxitos parciales del lulismo reposa, en gran parte, en la sobreexplotación privada de los recursos naturales de la región, particularmente en la expansión de la frontera agropecuaria sobre las tierras amazónicas, con el consiguiente desplazamiento de las poblaciones tradicionales –indígenas y criollas–, y los predecibles impactos ambientales.

La intensificación de la colonización de la Amazonía se manifiesta en un conjunto de políticas ejecutadas metódicamente por el gobierno de Dilma Rousseff en los últimos dos años y medio: a través de la construcción de hidroeléctricas; la expansión de la frontera de la soja; el crecimiento de la ganadería; el avance del latifundio sobre las tierras indígenas; la flexibilización de los procesos de otorgamiento de permisos ambientales; la segregación de los liderazgos amerindios del aparato estatal y de la interlocución presidencial; las iniciativas de autorización de la minería en tierras indígenas; la aceleración del ritmo de los asesinatos, muy especialmente de guaraníes, en gran parte por aliados políticos del gobierno federal, y la publicación de una serie de decretos ejecutivos que solapan los derechos indígenas garantizados por la Constitución de 1988². En este cruce entre las protestas brasileñas y el lugar de la Amazonía dentro

² Una compilación no exhaustiva de los decretos presidenciales, medidas provisorias, proyectos de ley y enmiendas constitucionales de ataques a los derechos indígenas está disponible en la página web del Instituto Sócio-Ambiental: <http://www.socioambiental.org>

de un pacto desarrollista en crisis, me gustaría instalar la pregunta acerca del legado de los golpes militares. La lógica de esta aproximación quedará clara, supongo, en lo que sigue: se tratará, entre otras cosas, de demostrar que la gran supervivencia de la dictadura entre nosotros los brasileños tiene que ver con la persistencia de una cierta mirada crecientista, colonial y desarrollista hacia la Amazonía. Las protestas y la Amazonía serían dos significantes privilegiados a partir de los cuales plantear la pregunta por lo que queda de dictadura entre nosotros.

I. ANIVERSARIOS DE GOLPE EN LA ERA DE LA OCUPACIÓN SIN FIN

Cuarenta años del golpe militar en Chile, casi cincuenta años del golpe militar en Brasil. ¿Qué sobrevive de las dictaduras entre nosotros? ¿Qué han dejado las dictaduras como elemento de la gramática que sigue hoy rigiendo lo político? Supuestamente concluidas las transiciones democráticas, ¿qué es lo que no ha transitado en nuestros países, qué es lo que ha permanecido como una suerte de condición de posibilidad de lo político? Hace casi una década y media, publiqué un libro en Chile, *Alegorías de la derrota*, en el que analizaba algunas novelas y cuentos en su tratamiento del imperativo postdictatorial del duelo. Ese libro adoptaba y desarrollaba la tesis, presentada por primera vez por el filósofo chileno Willy Thayer, de que la llamada transición no se debería tomar como sinónimo del proceso postdictatorial de democratización de las instituciones político-electoral, sino como un tránsito del Estado nacional moderno al mercado transnacional, efectuado por las propias dictaduras. En este sentido, las dictaduras mismas habrían sido la gran transición. Lo que las ciencias sociales acordaron llamar *transiciones democráticas* no habrían sido, desde este punto de vista, nada más que la actualización, o la instalación definitiva, del lugar hacia el cual las dictaduras hicieron transitar a nuestros países. El regreso a la democracia no habría representado, entonces, un tránsito a otro lugar sino a aquél en el que las dictaduras nos habían dejado. La verdadera transición epocal fueron las dictaduras mismas y esta condición de posibilidad sigue con nosotros, en ambos países.

Especialmente para las transiciones chilena y brasileña, de fuerte hegemonía conservadora y gradualista —en estos aspectos muy distintas, ambas, de la transición argentina—, creo que el diagnóstico de Thayer y el

mío de aquel entonces siguen siendo válidos. En otros aspectos, es cierto, las transiciones en Chile y en Brasil se diferencian bastante, y partiré aquí de estas diferencias para relatar un poco lo que hemos vivido en los últimos dos años y medio en mi país. Ofrezco, entonces, un contrapunto, una contrapartida y a la vez una secuencia de paralelos y coincidencias, en la medida en que en ambos países se han producido grandes protestas en las calles por parte del pueblo (des)organizado en tiempos recientes, y en ambos con un fuerte componente estudiantil e indígena. Si la emergencia y la eferescencia de las calles han sido rasgos comunes en los dos países, me parece, en primer lugar, que sería temerario leerlos a todos ellos –al proceso chileno y al brasileño, y a otras sublevaciones como las de Egipto, España o Turquía– en clave homogéneamente negriana, en un elogio de la multitud que se despliega heroicamente. La toma descentralizada del espacio público ha sido un eje en todas estas protestas, pero valdría la pena fijarse en las diferencias entre las formas como cada una se relaciona con el pacto político dominante en el país del caso. La consigna de una nueva constitución, por ejemplo, es claramente progresista en Chile, pero visiblemente reaccionaria en Brasil. Las multitudes han movilizado múltiples emociones políticas en cada país, y han provocado diferentes reacciones. En Brasil, me parece que el irresuelto duelo posdictatorial es un componente sobre el cual hay que volcarse. Para acercarse a nuestro presente habría, entonces, que señalar que el proceso global de ocupaciones populares coincide allí con una enorme carga histórica de atrocidad pretérita irresuelta.

El Movimiento Pase Libre (MPL), la fuerza propulsora del arranque de las protestas, no es un movimiento de estudiantes en el sentido tradicional, aunque gran parte de sus miembros lo sean. Se trata más bien de una red, una articulación de la sociedad civil que fue gestándose sin grandes ruidos durante una década, con foco en el derecho al transporte público gratuito, consigna “utópica” en prácticamente cualquier contexto brasileño de hoy, pero de impresionante poder movilizador. Estalló, inicialmente, en una gran revuelta en la ciudad de Bahía –en el Estado de Salvador, el tercer centro urbano más grande del país–, que quedó paralizada por diez días en 2003. En 2005, una asamblea del Foro Social Mundial le confirió estatuto formal al movimiento. En el periodo que va de 2005 a 2012 se produjeron pocas protestas de peso, entre las que destacan las movilizaciones de 2012 en Natal, capital de provincia en la costa nordeste, y que fueron sofocadas por una brutal represión policial. Cuando estalla el movimiento de 2013,

pocos brasileños sabían qué era el MPL y solo una pequeña parte de la izquierda partidista tenía alguna participación o incluso noticia de él. La masiva izquierda oficialista, el PT, respondió con confusión, con reacciones contradictorias y, en las jefaturas de los gobiernos provinciales (Distrito Federal, Bahía, Río Grande del Sur), también con medidas de represión policial, similares a las observadas en otras provincias. Los pequeños partidos de la oposición de izquierda al gobierno petista adhirieron a las manifestaciones inmediatamente, y algunos tuvieron cierta participación en la gestión del movimiento en su época de reflujo. Pero nadie lo controlaba, y entre los que hablaban a nombre del MPL había una notable percepción de la novedad política que representaban, una inteligencia maleable que los llevaba a no alinearse con ninguna fuerza partidista y a seguir enfocados en la lucha por las consignas y por la legitimidad de la salida a las calles. Cuando concluyó la explosión de la primera semana, las protestas ya contaban con el apoyo de casi el 80% de los brasileños (cf. “8 em cada 10”).

A pesar de que las primeras movilizaciones callejeras tuvieron lugar en torno al derecho al transporte, el pasado de la dictadura se hizo presente de múltiples maneras, tanto en las consignas presentadas por el pueblo sublevado como por la presencia de uno de los grandes legados brasileños del período dictatorial: la policía militarizada en las calles, entrenadas no para mantener la seguridad pública, sino para eliminar a un enemigo³. Fiel a su tradición de desmemoria, Brasil es el único país de la región que no ha juzgado criminalmente a un solo torturador, a un solo agente de la dictadura, y no ha llegado siquiera a establecer un marco legal que le permita aspirar a hacerlo en un futuro próximo. Un pacto amnésico impuesto a través de la ley de amnistía de 1979, autoconcedida por la dictadura, y validado diversas veces desde entonces, inclusive por la Suprema Corte, que parece un horizonte insuperable. No es por casualidad, entonces, que en las recientes protestas por transporte gratis en San Pablo uno de los actos más visibles de la multitud sublevada haya sido sustituir el nombre del puente Octávio Frias de Oliveira (empresario y dueño, desde 1962, del *Folha de São Paulo*, mayor diario del país, y colaborador de la dictadura) por el del periodista Wladimir Herzog. Este fue, quizás, la víctima más

³ Sobre el carácter singular, militarizado, de las policías brasileñas, ver el artículo de Túlio Vianna.

emblemática de la dictadura, tanto por la simulación de suicidio realizada por los militares con una foto después desenmascarada, como por la gran celebración ecuménica de protesta que siguió a su asesinato en 1975; un acto multitudinario que marcó el comienzo de la caída de la dictadura en Brasil, que solo se completaría diez años después⁴. Se trata aquí, de nuevo, de la lucha posdictatorial por la memoria, en sentido estricto.

Habría que darle una vuelta, por lo tanto, a las preguntas que ocuparon a los analistas: ¿cómo es posible que estas masas salgan así a la calle, en un país de casi pleno empleo como es Brasil, que está lejos de las tasas obscenas de desempleo que hay en España, por ejemplo? ¿Cómo es posible que esto esté pasando en un país en el que no hay resentimiento contra una tiranía, como en el Egipto de la Primavera Árabe? ¿Cómo esto es posible en un país en el que recientemente treinta millones de personas habían ascendido a la clase media y donde un exitoso pacto de clases, el lulismo, anclado en la figura de un notable estadista, pareciera haber domesticado cualquier conflicto? Estas preguntas acerca de cómo es posible que esto esté pasando han tenido la función de enmascarar el hecho de que la pregunta que de verdad importa es la contraria: *¿cómo es posible que esto no haya pasado durante dos décadas, y muy especialmente cómo es posible que esto no haya pasado en la última década, la del lulismo?* El primer gesto sería, entonces, una inversión de la pregunta y de la sorpresa: no cómo se rompió uno de los pactos más exitosos de amortiguamiento social de nuestro tiempo, el lulismo, sino cómo se pudo mantener como pacto durante tanto tiempo.

II. LOS FUNDAMENTOS DEL PACTO LULISTA Y LA REINSCRIPCIÓN DE LA MEMORIA

En términos estrictamente político-partidistas, las transiciones en Chile y en Brasil han obedecido a gramáticas bastante distintas. Mientras que en Chile, por lo menos en la superficie, el trío de fuerzas políticas se mantuvo

⁴ Silvano Santiago tematizó el asesinato de Herzog bajo tortura y la manipulación de una foto fraudulenta que intentaba simular un suicidio, en su novela *Em Liberdade*. Para un breve análisis del episodio, ver Idelber Avelar, *Alegorías de la derrota*.

con los mismos nombres de la predictadura (derecha, democracia cristiana, izquierda socialista y comunista), en Brasil, el cuadro partidario pasó por una reescritura en cierto sentido típicamente brasileña, en la medida en que se reescribió todo, se renombró todo, pero para no cambiar mucho en la estructura misma del poder en el país. La única gran novedad real en aquel momento fue el surgimiento del PT de Lula: un partido sindical, de izquierda y de masas, no reductible a los partidos de la izquierda tradicional, a saber, comunista o socialdemócrata. El petismo, creado en 1978-80, paulatinamente más influyente gracias a su inserción en las luchas populares, se hace a la larga hegemónico en el país y es protagonista del “supuesto” gran éxito de la última década en América Latina: el ascenso social de treinta millones de brasileños a la clase media bajo las presidencias de Lula. Por lo menos en la superficie, el lulismo se presentó como un fenómeno no adscribible a las democracias-cristianas, socialdemocracias y populismos de la región, a pesar de mantener de las primeras la aversión al conflicto y, de los últimos, la confianza inquebrantable de la gran mayoría de los obreros y pobres. La percepción de una irreductibilidad del lulismo a estas corrientes, durante la década pasada, se ancló en su capacidad para reducir la desigualdad social sin producir grandes conflictos, poder que parece haber perdido, en gran medida, en los últimos tres años, tanto por las diferencias políticas entre el carisma de Lula y la tecnocracia poco dialógica de Dilma, como por el agotamiento del modelo anclado solamente en la exportación de *commodities*.

El fundamento del pacto lulista estriba en la incorporación de una amplia parcela de los más pobres al consumo –al consumo, no a la ciudadanía, o en buena parte de los casos, a la ciudadanía *entendida como consumo*– sin que ningún privilegio de los más ricos sea tocado. Esto se vuelve posible, claro, en una circunstancia en la que la torta está continuamente creciendo –lo que ocurrió en la década pasada gracias al *boom* de los *commodities* que Brasil exporta en grandes cantidades–. Ahora bien, muchas de las políticas del ascenso social lulista han sido parte de una proletarización de las formas de vida y de convivencia en la selva que, tanto el neoliberalismo de Cardoso como el desarrollismo petista, no podían ver sino como precapitalistas o premodernas; predestinadas a morir, en suma. En el caso amazónico, este intercambio (el paso de un modo de vida de cierta conversación con el entorno selvático, a otro modo de vida en el que dicho entorno sirve como materia prima y sustrato sacrificial de una modernización movida por hidroeléctricas, pecuaria

extensiva y soja) se produce intensamente durante los años de Lula, y llega en este momento, no es exagerado proponerlo, a su agotamiento como pacto. El sistema político sobre el que se sostuvo este pacto, ampliamente dominante en Brasil en esta última década, ha sido entendido de dos maneras fundamentales por las ciencias sociales, y en ambos casos se trata de lecturas específicamente gestadas desde San Pablo: André Singer, con el concepto de lulismo, enfatiza la novedad vivida en el país en la última década, y Marcos Nobre, con el concepto de *peemedebismo*, designa cuánto de esta novedad ha sido una reiteración de paradigmas muy conocidos en la historia brasileña (la democracia del veto y del acuerdo a puertas cerradas, en la que los conflictos tienden a enmascararse). Hay convergencias y antagonismos entre los dos conceptos: ambos salen de una escuela paulista que tiene históricas relaciones con el PT y con la academia uspiana. La lectura de Singer, aunque no totalmente oficialista, subraya la capacidad de renovación del pacto lulista en la década del 2000, confiriéndole al concepto de lulismo la estatura de eje del análisis. La lectura de Nobre, por otro lado, ha sido crítica de la idea de que el lulismo haya representado una gran ruptura en el cuadro político. Al fin y al cabo, el lulismo actualiza y no amenaza un tipo de arreglo más antiguo que él, el *peemedebismo*. Desde el punto de vista de Nobre, el lulismo no sería sino una ocupación de centroizquierda del *peemedebismo*, una suerte de *aggiornamento* de la ex izquierda sindical y tendiente al socialismo, que ahora se somete a los arreglos a puertas cerradas que caracterizan la modalidad particular de la democracia liberal que se instaló en Brasil después de la dictadura. El eje fundamental de esta normalidad democrático-parlamentaria sería, para Nobre, el *peemedebismo*, concepto que pasamos a definir aquí.

El nombre PMDB viene del más antiguo partido brasileño y aún, en lo que hace a la representación parlamentaria, el más grande del país junto al PT. En su génesis trae la originalidad notable de haber sido un partido político creado por la dictadura para hacerle oposición (la oposición permitida, por supuesto, pero bajo cuya superficie se mantuvieron, durante la dictadura, amplios sectores, incluyéndose comunistas del PC). Después de la superación del bipartidarismo de la dictadura y de la fundación de los nuevos partidos, el PMDB sobrevivió transformado en una poderosa federación de caciques regionales y élites nacionales, articulada por primera vez como frente conservador en la Constituyente de 1986 y, desde los gobiernos de Cardoso (1994-2002), Lula (2003-2010) y también Dilma (2011-), negociando su apoyo parlamentario a cambio de negocios

empresariales y político-electorales. Este modelo de adhesión al poder, la existencia de una gran federación partidista encargada exclusivamente de estar en el poder, sea cual fuere la fuerza política dominante, constituye una relativa originalidad brasileña. La negociación de este apoyo al gobernante de turno tiene lugar con una secuencia de intercambio de favores acordados a puertas cerradas y, como diría un ex ministro de Cardoso, en el “límite de la legalidad”. En todo caso, los acuerdos tienen como principios la colusión y el poder de veto, ejercido a escondidas y en reuniones poco democráticas. Con la excepción de un breve período en el gobierno Collor, presidente que renunció bajo amenaza de *impeachment* por corrupción, y otro breve periodo al comienzo del primer mandato de Lula, clausurado como ciclo también bajo un escándalo de corrupción, el PMDB siempre ha estado en el poder desde la transición democrática de 1985. El lulismo, entonces, sería el *aggiornamento* de una izquierda posestalinista, sindical y también una agrupación paraguas de múltiples tendencias que, después de sucesivas derrotas, decide que quiere gobernar dentro de los marcos del capitalismo, presentándose, en realidad, como la mejor gestora del capitalismo y recurriendo para esto al peemedebismo, a la fuerza inercial y antidemocrática que sostiene el propio sistema político del país.

III. LA RECOLONIZACIÓN DE LA AMAZONÍA

Aunque sea un proceso visible desde el segundo mandato del gobierno de Lula, la política de Dilma Rousseff para la Amazonía ha estado caracterizada por una serie de alianzas con la agroindustria y de avances en desmedro de los derechos indígenas. El ritmo de novedades negativas en este campo, tanto desde el punto de vista legislativo como judicial y ejecutivo, ha sido vertiginoso. No obstante, no se trata de un cambio de dirección abrupto, sino de la intensificación de procesos vividos desde los últimos años de la era Lula, que fueron coronados con la salida del ícono ecologista amazónico, Marina Silva, del Ministerio del Medio Ambiente en 2008, y del mismo PT en 2010. Por un lado, el sorprendente 20% del voto recibido por Marina en 2010, disputando la presidencia dentro de un fisiológico e irrelevante Partido Verde, favoreció la proyección de una agenda ambiental. Por otro, en el intenso clima de fanatismo religioso de las elecciones presidenciales del 2010, Dilma optó por asumir un abanico

de alianzas neopentecostales de ultraderecha, que fueron un perfecto complemento a las alianzas con la derecha en el terreno de la agroindustria, de la minería y de la ganadería, actividades de enorme impacto en la Amazonía. Así, ya en los primeros meses del 2011 se veía venir un avance colonizador mucho más intenso hacia esa zona.

Los orígenes de la actual ofensiva se retrotraen a 2005 cuando, bajo el impacto de la dimisión de buena parte de la cúpula del PT en el gobierno, bajo acusaciones de corrupción, Lula saca a Dilma Rousseff del Ministerio de Minas y Energía, y la lleva a la Casa Civil⁵. Rousseff resucita el proyecto de la represa de Belo Monte, faraónica obra proyectada por los militares para el Rio Xingú, rechazada por los pueblos de la región en 1989 (en la época en que su lucha contaba con el apoyo del PT) y revivida por Dilma Rousseff en el gobierno Lula en 2005, como la obra más cara de la historia del país, ahora proyectada en 30 mil millones de reales (15 mil millones de dólares)⁶. Sin embargo, la resistencia a la obra sorprendió por sus muchas victorias y el cronograma reiteradamente se retrasa debido a las ocupaciones y huelgas. La represa de Belo Monte ha sido la punta del iceberg, pero el plan total incluye decenas de hidroeléctricas en los ríos de Amazonía. Con el negocio de las hidroeléctricas, también viaja una notable operación de préstamos de dinero público a constructoras, cantidades de mano de obra masculina errante, el negocio de la prostitución de mujeres adultas y la explotación sexual de niñas, lo que se expresa en un gigantismo migrante que lleva al colapso los servicios públicos de la región, como ocurre ahora en Altamira (ciudad que dobló su población a partir de la construcción de Belo Monte, obra que ocupará a treinta mil obreros que se han ido instalando allí), ya que estos grandes traslados de mano de obra nunca son acompañados por la inversión social necesaria para sostenerla, aunque los procesos de permiso ambiental tendrían la obligación de garantizarla⁷.

Las hidroeléctricas han sido una marca registrada, un emblema del neoimperialismo brasileño. El discurso que acompaña su legitimación es

⁵ [N. de la R.] El gabinete de la presidencia brasileña suele recibir el nombre de “Casa Civil”. Se trata de un puesto con rango ministerial.

⁶ He compilado lo que considero la bibliografía esencial sobre el ecocidio perpetrado en el medio Xingú en “Cinquenta”.

⁷ Para una historia de las ilegalidades asociadas a la represa de Belo Monte, ver la página web del movimiento Xingu Vivo: <http://www.xinguvivo.org.br>.

conocido: el lulismo ha incorporado a enormes capas de la población pobre al consumo, el que debe ser soportado por el aumento en la producción de energía hidráulica. La propaganda oficial que la presenta como “energía limpia”, por no emitir gases carbono, al contrario de las termoeléctricas, ignora tanto los gases metano emitidos por las represas como el impacto devastador de muchas de ellas sobre la navegabilidad de los ríos, la vida de los peces y la fauna alrededor de los ríos, y la misma posibilidad de supervivencia de pueblos indígenas, pescadores y ribereños. Con el incremento monetario vivido, por otra parte, es común que la legitimidad de las represas sea al principio motivo de pugna entre los mismos pueblos de la región, que en general van desilusionándose y pasando a la oposición en la medida en que los impactos negativos se ven como duraderos, y se hace visible la falta de inversión en contrapartidas ambientales y sociales. Asimismo, el negocio de las hidroeléctricas tiene otra característica que lo hace insoslayable como elemento explicativo del cuadro político brasileño: las constructoras son las mayores donantes de fondos para las campañas electorales en Brasil, y ejercen con la construcción de hidroeléctricas su gran vocación para el intercambio de favores una vez que los gobernantes están instalados.

Pero la construcción de hidroeléctricas, que alimenta las industrias electrointensivas (como, por ejemplo, la que transforma la bauxita en aluminio), no es el único tentáculo del proyecto colonizador de la Amazonía, sino que opera en consonancia con la expansión de la frontera de la agroindustria y de la ganadería extensiva. En los tres casos, se trata de una colonización al cuadrado, por así decirlo, ya que el centrosur del país coloniza la Amazonía para que esta produzca materias primas a través de cuya venta se provoca la colonización del país como un todo. En el comercio de soja, de carne, de caña y de otros monocultivos en acelerado proceso de migración hacia la Amazonía, acoplado a la venta de productos de bajo valor agregado, como lingotes de aluminio a China, el capitalismo desarrollista brasileño, ahora bajo liderazgo lulista, despliega su vocación agrodependiente. En el mismo proceso, el país emerge también como una potencia subimperial, en la medida en que la soja y las hidroeléctricas son también parte de la llegada del capital brasileño a lugares tan lejanos entre sí como el Perú y Angola, en África. La construcción de diversas hidroeléctricas en la selva peruana, gracias a capital brasileño, han sido parte importante del pacto de estabilidad impuesto por Ollanta Humala ahora en su encarnación moderada, lulista, conciliadora. Con respecto a Angola,

junto con la soja y las telenovelas, Brasil ha pasado a exportar también otro tentáculo del proceso colonizador: las iglesias neopentecostales, brutales en su combate a las formas no abraámicas, no monoteístas, de la religiosidad en África.

Tanto las iniciativas de proyectos de ley en el Poder Legislativo, como las diversas iniciativas y decretos presidenciales de los últimos treinta meses, han sido clarísimos en sus mensajes. En el Legislativo, con participación o aceptación oficialista, se ha avanzado en la regulación de la minería en tierras indígenas (algo que ni siquiera la dictadura militar había logrado), en la eliminación de requisitos de contrapartida ambiental para la construcción de grandes obras e incluso en la amenaza de cancelación total del capítulo que se refiere a los indios en la Constitución Federal. En el Ejecutivo, los ataques a los derechos indígenas han incluido la desconsideración de las opiniones de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, que planteó objeciones a la construcción de la represa de Belo Monte por falta de consulta adecuada a los pueblos indígenas, la subordinación de la demarcación de tierras indígenas (en su estado más bajo desde la dictadura) a ministerios como el de Minas y Energía y a empresas estatales como la Embrapa (empresa agropecuaria), la dimisión del principal interlocutor indígena del gobierno en la Fundación Nacional del Indio, el cacique Kayapó Megarón, y la solidificación de la alianza con los sectores de la agroindustria más directamente implicados en el genocidio guaraní⁸. La coronación de este proceso ha sido la inaudita violencia con que las ocupaciones y movimientos indígenas han sido reprimidos, tanto por las fuerzas policiales federales (la Policía Federal y la Guardia Nacional) como por las policías militares provinciales. Agresión que llegó al punto de la invasión de un territorio munduruku por la Policía Federal y al asesinato de un joven, Adenilson Munduruku, en territorio indígena por parte de las fuerzas policiales.

Los pueblos amerindios no son solamente las víctimas ocasionales, coyunturales de este proceso, que a menudo los proletariza y los lanza

⁸ Las tasas de homicidio entre los guaraníes superan las encontradas en países en guerra, como Irak a partir de 2003. Las tasas de suicidio entre los guaraníes brasileños son 34 veces más altas que el promedio nacional. Para acompañar detalles del genocidio, se recomienda una visita a la página web de la Campaña Guaraní: <http://campanhaguarani.org>.

a las periferias de las ciudades. Los pueblos amerindios son también los antagonistas esenciales de este proyecto, por el hecho de que reside en ellos la crítica más notable del desarrollismo, que no es sino una operación de crecimiento económico ciega a sus condiciones de posibilidad naturales, en la medida en que presupone la idea de recursos infinitos, o de que la tecnología podrá reparar indefinidamente la finitud de las bases naturales del crecimiento. Así lo expresa la siguiente frase del líder David Kopenawa Yanomami: “los blancos diseñan sus palabras porque su pensamiento está lleno de olvido”. De allí que el antropólogo brasileño Eduardo Viveiros de Castro haya insistido en que los indios son el futuro de Brasil, no el pasado del país (ver Fernandes). Es decir, sin perjuicio del reconocimiento de la extensión del genocidio que representó para enormes capas de los pueblos amerindios el fin de su mundo, hay que resistir a una narrativa que los lanza al pasado. El porvenir incorporará las enseñanzas amerindias o bien no lo será. El olvido de que lo que tienen que decir los pueblos amerindios es el fundamento del hecho de que, quizás, ya no nos quede mucho futuro.

BIBLIOGRAFÍA

“8 em cada 10 brasileiros apoiam protestos”. *Folha de São Paulo*. 26 jun. 2013. Consultado en:

<http://www1.folha.uol.com.br/fsp/cotidiano/116497-8-em-cada-10-brasileiros-apoiam-protestos.shtml>. Web.

AVELAR, IDELBER. *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago: Cuarto Propio, 2000. Impreso.

_____. “Cinquenta leituras sobre o ecocídio de Belo Monte” (Partes I y II). Disponible en:

<http://revistaforum.com.br/idelberavelar/2011/11/24/bibliografia-comentada-50-leituras-sobre-o-ecocidio-de-belo-monte-1ª-parte/>.
<http://revistaforum.com.br/idelberavelar/2012/01/31/bibliografia-comentada-50-leituras-sobre-o-ecocidio-de-belo-monte-2ª-parte/>. Web.

FERNANDES, PÁDUA. “A indianidade é um projeto de futuro, não uma memória do passado: Entrevista com Eduardo Viveiros de Castro”. *Prisma Jurídico* 10.2 (2011): 257-268. Impreso.

- KOPENAWA YANOMAMI, DAVID. “Sonhos das origens / descobrindo os brancos”. Disponible en: <http://pib.socioambiental.org/pt/c/no-brasil-atual/narrativas-indigenas/narrativa-yanomami>. Web.
- NOBRE, MARCOS. *Imobilismo em movimento: Da abertura democrática ao governo Dilma*. São Paulo: Companhia das Letras, 2013.
- SANTIAGO, SILVIANO. *Em Liberdade*. São Paulo: Paz e Terra, 1981. Impreso.
- SECCO, LINCOLN. *História do PT*. São Paulo: Ateliê, 2011. Impreso.
- SINGER, ANDRÉ. *Os sentidos do lulismo: Reforma gradual e pacto conservador*. São Paulo: Companhia das Letras, 2012. Impreso.
- THAYER, WILLY. *La crisis no moderna de la universidad moderna*. Santiago: Cuarto Propio, 1996. Impreso.
- VIANNA, TÚLIO. “Desmilitarizar e unificar a polícia”. *Revista Fórum* (enero 2013). Disponible en: <http://revistaforum.com.br/blog/2013/01/desmilitarizar-e-unificar-a-policia/>. Web.

Recepción: 08.11.2013

Aceptación: 06.12.2013